

Departamento de Historia
Universidad de Santiago de Chile
Revista de Historia Social
y de las Mentalidades
Volumen 15, N° 2, 2011: 69-87
Issn: 0717-5248

MEMORIAS DEL PAISAJE CORDILLERANO: LA TRAVESÍA DE LOS ANDES EN LA GOBERNACIÓN DE CHILE DURANTE EL SIGLO XVIII.*

MEMORIES OF A MOUNTAIN LANDSCAPE: CROSSING THE
ANDES IN LATE COLONIAL CHILE.

ALEJANDRA VEGA PALMA**

RESUMEN

En el presente artículo se analizan diferentes escritos del siglo XVIII para relevar la herencia multiseccular de un imaginario asociado a los peligros del cruce cordillerano, que atraviesa transformaciones políticas y culturales de envergadura. La noción de peligro, y el temor asociado al mismo, se despliega en los textos que informan o describen la travesía de la cordillera en el Reino de Chile, apelando a las amenazas de caer en el abismo o de congelarse de frío. Los ecos de estas marcas, establecidas tempranamente en la cultura colonial de Chile, se pueden rastrear también en los llamados escritos ilustrados, en que estos tópicos se funden con los de la montaña sublime.

Palabras claves: memoria, cordillera, Chile, peligro

ABSTRACT

In this article, we discuss the centuries-long heritage of cultural associations relating Andes Mountains in colonial Chile with notions of danger. Ideas of risk and menace are present in different texts describing mountain passages, related to death in abrupt cliffs and precipices or the possibility of freezing. These cultural marks were established in early sixteenth century Chile and their echoes can be pinpointed in different texts written along the eighteenth century. It is noted that, in some cases, these topics encounter the descriptions of the sublime.

Key words: memory, mountains, Chile, danger

* Recibido: Diciembre 2010; Aprobado: Abril 2011.

** Investigadora del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago, Chile. Email: alvega@uchile.cl

*Antes de llegar a la mitad del camino, encontramos a dos mercaderes,
los que pasando dicha cordillera, cayeron al suelo muertos, helados por el
frío, y un poco más adelante encontramos otro muerto por la misma razón.
Era éste un indio que llevaba cartas de negocios*

Antonio María Fanelli, 1699

*Son simples senderos, por lo común muy estrechos abiertos sobre de-
clives muy escabrosos al borde de profundos precipicios cuya sola vista causa
vértigo... lo que les hace aún más aventurados son esas frecuentes tempesta-
des de nieve, granizo y viento*

Claudio Gay, 1862-1865

I. INTRODUCCIÓN.

Los dos epígrafes que abren este artículo nos sitúan en los márgenes temporales del problema que queremos plantear acá: la herencia multisecular de un imaginario asociado a los peligros del cruce cordillerano, que atraviesa transformaciones políticas y culturales de envergadura. En respuesta a la convocatoria a pensar los usos y las memorias del paisaje, me parece clave rescatar la noción de estratos de la memoria desarrollada por el historiador inglés Simon Schama¹, quien nos recuerda que bajo la superficie de las ideas naturalizadas acerca de nuestro entorno —como si siempre hubiera estado allí— permanecen como fantasmas paisajes otros, antiguos, porfiados, que resisten la erosión de los nuevos tiempos, sus ideologías y proyectos. Para el caso que nos ocupa, proponemos revisar un conjunto heterogéneo de textos escritos en el siglo XVIII que permiten reconocer la pervivencia de imágenes pretéritas que articulan los modos de pensar el paisaje cordillerano, cuando soplan aires de Ilustración, y se despliegan proclamas de dominio sobre el espacio y la naturaleza.

A modo de breve introducción, es indispensable señalar que la cordillera de los Andes fue una pieza clave en la articulación del espacio colonial conocido como Reino o Gobernación de Chile desde el siglo XVI. Como tal, se integró en los relatos fundacionales de este territorio, ocupando un lugar destacado en cartas de relación, crónicas e historias, papeles administrativos y, asimismo, en *La Araucana* de Alonso de Ercilla, obra poética ampliamente

1 Schama, Simon, *Landscape and memory*, Vintage Books, Nueva York, 1996, pp. 16-17.

difundida desde su publicación². Por una parte, se inscribió en la descripción general del continente americano al concebirse la sierra andina como un continuo ubicado, según algunos, entre Santa Marta y el Estrecho y, de acuerdo a la visión de otros, como una extensa estructura desplegada entre esa América septentrional poco conocida y el extremo austral de América del Sur. Dicha unidad hizo posible dotar a la totalidad de la cordillera de un conjunto de características compartidas: su condición mineral, depósito de riquezas de oro y plata, cobre, azogue, sal, yeso u otros; su gran altura y sus picos nevados, origen de los grandes ríos americanos; sus volcanes y aguas termales, vinculadas con terremotos y diversos fenómenos meteorológicos.

Este cuadro general, reiterado en las grandes crónicas de Indias, se precisaba y fragmentaba en paisajes y territorios diversos al ritmo de la conformación de las sociedades coloniales regionales y locales, proceso que se manifiesta y materializa en una notable diversidad de prácticas representacionales: narraciones sobre los orígenes y avatares de los reinos y provincias cristianas en América, relaciones geográficas, mapas y pinturas; que van recreando el espacio al fijar topónimos, características y límites; al vincular lugares e historias, estableciendo tramas de articulación espacial, relaciones jerárquicas, con implicancias políticas y morales, entre otras. Como resulta evidente, estas marcas expresan relaciones coloniales, en la medida que son esas mismas relaciones las que habilitan a algunos para fijar y comunicar enunciados acerca del espacio conquistado, borrando o traduciendo otras maneras, no hegemónicas, de decir y pensar el entorno³. Con ello, no me refiero sólo a las territorialidades indígenas prehispánicas o coloniales, sino también a aquellas vinculadas a otros sujetos, cuyas modalidades de recreación del territorio escapan a las narrativas dominantes: arrieros, vagabundos, u otros actores inscritos en microespacios con escasa visibilización desde los centros de poder, etc.

En el caso de la cordillera de Chile, a lo largo del siglo XVI se fijan importantes rasgos de su fisonomía y características; rasgos que serán actualizados y reinscritos en la cultura colonial posterior. En primer término, la evocación de la cordillera como límite del territorio de Chile, pese a la delimitación jurisdiccional efectiva, establecida por cédula real 100 leguas al oriente de la costa del mar Pacífico. Muchas veces, esta doble condición es expresada en un mismo texto, dando cuenta de la polifonía propia de los relatos sobre el

2 Invernizzi, Lucía, “La representación de la tierra de Chile en cinco textos de los siglos XVI y XVII”, *Revista Chilena de Literatura*, (Santiago), n° 23, Universidad de Chile, 1984, pp. 5-37.

3 Lefebvre, Henri, *La production de l'espace*, Anthropos, París, 1974.

territorio, compuestos a partir de un mosaico de referencias no necesariamente homogéneas. En segundo lugar, la ausencia de un nombre propio o topónimo que la identifique, recurriéndose a nombres que evocan su altura o sus cumbres heladas: cordillera de la nieve, la gran cordillera nevada, sierras nevadas, la gran cordillera, etc. Ello no impide que, en ciertos registros, se reconozca el topónimo general Cordillera de los Andes que la abarca e incluye. En tercer lugar, su condición desierta o sólo habitada por pueblos *bárbaros*, que retoma la vinculación entre sierra, guerra e indios establecida en muchos textos del periodo, expresión del ordenamiento del mundo impuesto en América con la Primera Modernidad⁴.

Y por último, las dificultades que impone a quienes pretenden trasladarla siguiendo el camino más utilizado por los españoles: el que une las fundaciones hispanas de Santiago y Mendoza. En este punto, son recurrentes las evocaciones del cruce de la cordillera por el Adelantado Diego de Almagro, cuya hueste se había internado en el espacio cordillerano más al norte, por el paso San Francisco, desembocando en 1536 en el valle de Copiapó. Sin embargo, esa travesía funciona como metonimia del sufrimiento producido por el excesivo frío al que se enfrentan quienes recorren los pasos cordilleranos de los Andes en la gobernación de Chile. La idea que la cordillera es una barrera que se atraviesa, y con dificultad, se manifiesta en la recuperación reiterada del vocabulario alpino de las abras o bocas de la cordillera, lo que no se constata tan frecuentemente en las narraciones vinculadas a otros espacios andinos. Relacionado con lo anterior, nos interesa destacar la etimología que se atribuye al vocablo *Chile* como frío, que se instala ya a fines del siglo XVI y se sigue repitiendo, como atestigua el siguiente texto que acompaña un mapa del cartógrafo inglés Roberto Morden, impreso en 1688⁵.

4 Esta asociación ha sido analizada en Martínez, José Luis, “Textos y palabras. Cuatro documentos del siglo XVI” (segunda edición) en Ana María Presta (ed.), *Espacios, etnias y fronteras. Atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu, siglos XV al XVIII*, Ediciones ASUR, Sucre, n° 4; Vega, Alejandra, “Sierra y guerra: descripción y metáfora en el relato fundacional de la gobernación de Chile. Siglo XVI”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 115, 2007, pp. 329-344.

5 Para un análisis detallado de estos aspectos, ver Vega, Alejandra, “Cordillera, frontera e identidad: representaciones cartográficas de la gobernación de Chile en el siglo XVI” en Mendoza, Héctor y Lois, Carla (coords.), *Historia de la Cartografía de Iberoamérica. Nuevos caminos, viejos problemas*, Instituto de Geografía, UNAM, Ciudad de México, 2009, pp. 379-400, que recoge algunos de los ejes problematizados en Vega, Alejandra, “*Descripción geográfica e identidad territorial: representaciones hispanas de la cordillera de los Andes del Reino de Chile en el siglo XVI*”, tesis para optar al grado de Doctor en Historia, PUC, 2005.

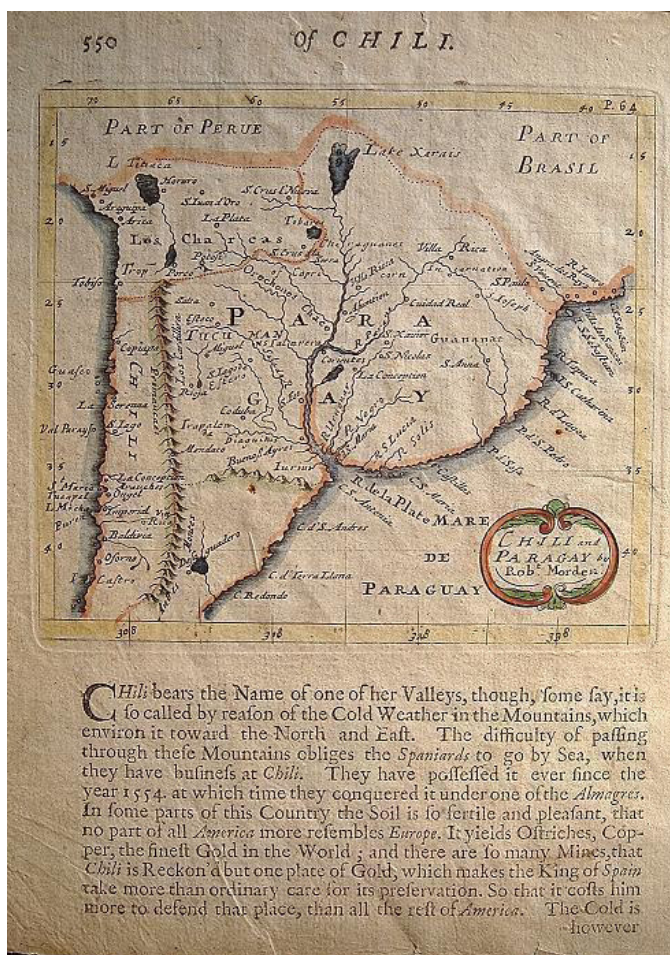


Figura: *Chili and Paraguay* de Robert Morden, Londres 1688, 20 x 16 (colección particular)

El presente artículo propone reconocer las huellas textuales de estas marcas fundacionales en un conjunto de escritos del siglo XVIII: diarios, cartas y crónicas escritas entre Chile, Perú y el Viejo Mundo que dan cuenta del espacio de la Cordillera de Chile. Se trata de un corpus heterogéneo desde el punto de vista formal, escrito por sujetos que en su diversidad, comparten, sin embargo, la condición propia de la élite letrada del periodo: frailes franciscanos viajeros y jesuitas expulsos, funcionarios borbónicos virreinales y locales, naturalistas y marinos españoles, franceses o italianos. Tal como veremos a continuación, esta diversidad de funciones y formaciones no impide reconocer grandes convergencias en el imaginario sobre la cordillera del cual dan cuenta.

Nos detendremos en el siglo XVIII, vinculado por la historiografía con el cambio en los modos de pensar América, fruto del impacto de la Ilustración

y las reformas borbónicas, entre otros. Se ha señalado que, en términos generales, durante este periodo la naturaleza se descubre, se buscan los medios para aprovechar sus recursos, y la sociedad se abre a la experiencia estética de los espacios cordilleranos. La propuesta acá desarrollada revela cómo, al mismo tiempo, siguen resonando las voces de los relatos antiguos, de modo que el discurso ilustrado que domestica la naturaleza no silencia las memorias de las narrativas fundacionales, que siguen presentes en los escritos de esta época.

II. LA CORDILLERA COMO ESPACIO DE PELIGRO.

El enunciado más recurrente entre quienes describen los pasos cordilleranos de la gran cordillera nevada de Chile es lo peligroso del cruce que une Santiago y Mendoza, siendo la primera causa de ello lo angosto del camino, y lo abrupto y profundo de sus acantilados. Esta idea puede rastrearse en numerosos textos del periodo, abarcando a quienes escriben con conocimiento directo de la propia gobernación de Chile, como quienes lo hacen en Perú y en España. Esta diversidad de lugares de enunciación da cuenta, por una parte, de la transcripción, la copia y la composición de textos a partir de otros textos, propias de la práctica de escritura y edición del periodo. Al mismo tiempo, permite reconocer lo verosímil de estos pasajes, lo adecuado respecto de las expectativas con que se reciben y transmiten imágenes del territorio, al prestarse dichas descripciones para ese ejercicio.

Veamos, en primer lugar, la presentación que hace el jesuita Miguel de Olivares de este tema en su *Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la pacificación del Reino de Chile*. Este texto, escrito en Chile, quedó inconcluso en 1767 cuando su autor debió abandonar la gobernación por efecto de la Pragmática real que sanciona la expulsión de su orden del territorio americano. En la obra, que permaneció inédita, aunque conocida por muchos en Chile durante el mismo el siglo XVIII, podemos leer:

En la cordillera de Chile no hai [...] sino sendas angostas y precipicios peligrosos, se transita con grave trabajo y susto, por los que van o vienen de la provincia de Cuyo [...] El camino va siempre subiendo por senderos tan angosto que no cabe sino una caballería con su jinete, o una mula con su carga: acrecentándose el peligro de la elevación y angostura con el tajo, en partes del todo perpendicular, y en partes poco ménos del borde de la senda que mira al rio, en el cual ha de caer inevitablemente el que discrepare para perecer sin remedio; y así este camino no es capaz de trajinarse sino en mulas bien herradas: los

caballos, porque no clavan tan bien la uña, no son de provecho para estos malos pasos.⁶

La descripción que propone Felipe Gómez de Vidaurre, otro jesuita expulso, se detiene en el problema del ganado mular para profundizar la noción de riesgo vital asociada al camino. Este jesuita, al igual que Juan Ignacio Molina, de quien hablaremos después, escribió su obra en Bolonia, apelando en lo sustancial a sus propias experiencias durante su juventud y adultez en Chile. En ese sentido, la evocación del paso cordillerano como amenaza adquiere particular relevancia, al dar cuenta del impacto de estas ideas en la conformación de un imaginario acerca de la cordillera:

Se tiene que caminar por senderos tan estrecho, que apenas la mula (animal en que solo se cabalga por la cordillera) apenas, digo, puede afijar sus uñas para asegurar el paso, y en estos momentos peligrosos en que la bestia trabaja para avanzar, el ginete asombrado, tiene la vida sobre un despeñadero, adonde si cae, no hay que esperar salvarse con la vida; pues cuando no se despedaze rodando por el despeñadero, ántes que llegue al fondo del precipicio, se encontrará con un caudaloso y rápido rio que lo arrebatte. En otras partes de la montaña es menester caminar faldeando por veredas y senderos estrechos y tortuosos, y por donde los pasajeros // solo pueden ir en fila [...] Afortunadamente, semejantes pasos no son muy largos, y así tiene tiempo el viajador para poder recobrase de la congoja de ánimo que ha padecido en uno ántes de entrar en otro.⁷

Tal como hemos anticipado, las mismas ideas son reiteradas en Lima. Las vemos recogidas por Cosme Bueno, catedrático de matemáticas de la Universidad Mayor de San Marcos y cosmógrafo real del Virreinato del Perú, al escribir en 1577 su *Colección geográfica e histórica de los arzobispados y obispados del Reyno del Perú*. Caminos angostos y ásperos, precipicios y caídas articulan también su descripción del paso cordillerano:

6 De Olivares, Miguel, *Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del Reino de Chile* [1767] en Colección de Historiadores de Chile (en adelante CHCh) Tomo IV, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1864, pp. 17-18.

7 Gómez de Vidaurre, Felipe, *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile, por el jesuita..., con una introducción biográfica y notas por J.T. Medina*, 2 vols., en CHCh tomos XIV, Imprenta Ercilla, Santiago, 1889, pp. 22-23.

Por esta provincia [de Aconcagua] pasa el camino real por donde se transita la cordillera para Mendoza. Es áspero i peligroso, por las muchas laderas i cuchillas de los cerros que caen al río. La senda es angosta, por muchas partes, en que ha sido preciso abrirla a pico. Si en ellas se atropan las mulas al pasarlas, se precipitan al río, como ha sucedido muchas veces. Se pasan cargas desde noviembre hasta abril o mayo.⁸

El párrafo precedente lo transcribe Antonio de Alcedo, prácticamente intacto, en la entrada correspondiente al topónimo “Aconcagua, Provincia y corregimiento del Reyno de Chile”⁹ cuando publica en Madrid su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales*. Este militar quiteño asentado en España, no conocía la gobernación de Chile. No cabe duda que entre las obras que utilizó para componer su diccionario debió consultar la *Descripción de Bueno*, arriba referida.

Todos los textos citados hasta ahora recurren a la narración en tercera persona como modalidad de objetivación del relato, con independencia del tipo discursivo o género en el cual se inscriben: relación geográfica, diccionario, historia civil o natural. La retórica descriptiva tiene por efecto validar lo allí referido, al descontextualizar la imagen presentada de cualquier anécdota o punto de vista particular. Sin embargo, también podemos identificar la estrategia inversa, a saber, el recurso al “yo”, reforzado por indicaciones adverbiales como “aquí” o “mañana”, propios del relato de viajes, que permiten validar lo dicho en la experiencia del sujeto de la enunciación, que se presenta como sujeto del enunciado. Elocuente es a este respecto una narración escrita casi un siglo antes, en los años del cambio de siglo. Se trata del relato de la travesía cordillerana que ofrece el fraile Antonio María Fanelli, cuyo testimonio directo, sirve en este caso, para fundar la verosimilitud de lo allí narrado. Lo extenso del relato permite ahondar y fijar los parámetros del peligro:

Este viaje se hace en pocos días, pero yo de buenas ganas haría un viaje de muchas leguas, sea por mar o tierra, para no pasar la cordillera de estas montañas, así llamada por los españoles que no sólo es peno-

8 Bueno, Cosme, *Descripción de las provincias de los obispos de Santiago y Concepción* [1777], CHCh, tomo X, Imprenta de la Librería de El Mercurio, Santiago, 1876, p. 296.

9 De Alcedo, Antonio, *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América, con la descripción... escrito por el coronel d. Antonio de Alcedo, Capitán de Reales Guardias Españolas*, Tomo I, Madrid, 1786, p. 98.

sa sino también muy peligrosa, con riesgo de perder la vida; tanto que no pasa un año en el que no suceda una desgracia. El camino es casi todo por las orillas de las cimas de las montañas, no más ancho que un palmo, que forma una profundidad horrible. Corre un río impetuoso que espanta con sólo mirarlo, y algunos de la misión cerraban los ojos haciéndose llevar por las mulas porque les vacilaba la cabeza [...] No se hacía en todo el día otra cosa que bajar por aquellos precipicios espantosos, y es necesario que cada uno a cada paso haga un acto de contricción disponiéndose a morir [...] El octavo día del viaje, pasando por una de aquellas orillas montañosas, cayó una mula y se precipitó abajo; llevaba dos cajas de libros y fue a parar al río dejando la vida en aquellas corrientes amenazadoras; pero por gracia especial del Señor, aquellos dos cajones fueron a detenerse a la orilla del río, que para sacarlos costó no poco trabajo y se encontraron llenos de agua, con daños para los pobres libros. Después de esta desgracia, acaecieron otras dos en el mismo paso, pues cayeron otras dos mulas cargadas de yerba del Paraguay [...] Adelante de nosotros pasaron algunos padres de S. Francisco y un desgraciado cayó en el río y por gracia especial del Señor y de su patriarca San Francisco, se salvó de esta manera: inmediatamente que los servidores vieron la desgracia, le tiraron el lazo con toda celeridad cuando estaba combatiendo contra la violencia de la corriente a nado, y lo tomaron por los brazos, lo que fue suficiente para acercarlo a tierra y devolverle la vida, que todos lo daban por muerto, y la mula en que viajaba se ahogó en el mismo lugar en que cayó el padre.¹⁰

III. EL FRIO DE LA CORDILLERA.

Como puede constatarse, la figura en torno a la cual se describe el temor no es la altura misma de la cordillera, sino la oposición entre cima y profundidad de la garganta o quebrada que configura un abismo. Sin embargo, la amenaza del precipicio, ya de por sí causante del pavor descrito, se ve reforzada por el frío que reina en la cordillera. En este caso, el frío como motivo verosímil de peligro propio de la travesía cordillerana se reitera más

10 Fanelli, Antonio María, “Relación de un viaje a Chile en 1698. Desde Cádiz, por mar y por tierra, escrita en italiano por el P...de la Compañía de Jesús”, en Medina, José Toribio, *Viajes relativos a Chile*, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1962, tomo I, pp. 138, 139.

entre quienes poco o nada conocen el camino que une Santiago a Mendoza, y menos, entre los que lo han transitado. Pareciera que, en términos generales, la distancia y lo conocido de oídas admiten la hipérbole respecto del frío con mayor recurrencia que la experiencia efectiva del camino cordillerano.

El navegante francés Amedée Frézier, que recorrió la costa de la gobernación de Chile y se internó solamente hasta la capital, señala en su obra de 1716:

Ce sont ces terribles montagnes qui séparent le Chili et le Pérou, où le froid est quelquesfois si violent qu'on y meurt gelé, faisant la grimace d'un homme qui rit [...] On lit dans l'Histoire de la Conquête du Chili que les premier espagnols qui les passèrent y moururent gelés debout avec leurs mules. À présent, on a découvert un chemin bien meilleur en suivant la côte de la mer.¹¹

Tal como señala explícitamente este ilustrado funcionario de la Corona francesa, el frío extremo que provoca el congelamiento se vincula con las narraciones de la travesía cordillerana de Diego de Almagro¹². Los cuerpos congelados, convertidos en estatuas de hielo por efecto del frío, forman así parte del paisaje de altura. En el caso de algunos relatos, como el del padre Olivares, el frío funda, junto a los caminos ásperos y precipicios, una retórica del esfuerzo¹³, que permite validar la heroicidad de quienes llevan a cabo la expansión cristiana en América, al vincular mayor sacrificio con mayor mérito y recompensa:

Ninguno podrá hacer justo concepto de las que vencieron los españoles en el tránsito de esta gran cordillera, ni la fea mortandad de hombres y animales que en ella se padeció, sino quien hubiese leído la relacion que hace la historia romana de todos los varios y penosos accidentes de las muertes y calamidades que esperimentó el campo de Aníbal en el paso de los Alpes, montes que aunque mui soberbios, de mucha menos elevación y atravesio que la cordillera de que hablamos, En efecto, a excepcion de la oposicion enemiga que es-

11 Frézier, Amédée, *Voyage de la Mer du Sud aux côtes du Chili et du Pérou*, edición crítica de Gastón Arduz Eguía y Hubert Michéa, París, Utz, 1995, p. 156-157. En nota al pie, Frézier identifica a Alonso Ovalle como autor del relato citado.

12 Vega (2009), *Id.*

13 Es lo que Beatriz Pastor identifica como discurso del trabajo. Cf. *Discurso narrativo de la conquista de América*, Casa de las Américas, La Habana, 1983.

perimentó Aníbal y no el adelantado, todo lo demás fue aquí mayor, el angustia del hambre que se hizo sentir días antes de emprender el pasaje, la intensidad del frío como en montes de mas elevada cumbre, la estrechez de las sendas, la profundidad de los precipicios, y el estar estos traidoramente ocultos con la nieve que los hacia inevitables, con esconderlos especialmente los indios, como nacidos y creados en climas ardientes, y que usan ménos defensa contra el frío.¹⁴

IV. HACIA UN DISCURSO ILUSTRADO DE LA CORDILLERA.

El poder de estas imágenes es que no sólo remiten al pasado. Año tras año, la cordillera se cierra por efecto del frío, y condena a quienes se atreven a trasmontarla a la condición de estatuas gélidas:

Llegado el mes de abril (...) empiezan ya las nieves, las cuales allí caen a mangas, y de modo que en pocas horas se levanta mas de seis piés en alto. Algunos por esta causa han perdido algún miembro de su cuerpo. Por mayo ya se cierra del todo, y solo los correos públicos y particulares, con sumo peligro, se atreven a pasarla y llevados del grandísimo emolumento con que son y han sido hasta ahora pagados. Muchos de estos han quedado víctimas de su atrevimiento, y convertidos en estatuas de hielo.¹⁵

En este caso, ya no es la retórica heroica sino la avaricia o la imprudencia la que instala el congelamiento del cuerpo como amenaza latente. Los marinos José Espinoza y Felipe Bauzá, miembros de la expedición Malaspina, recorren a pie el camino Santiago Mendoza y formulan la misma opinión:

Basta decir para que se conozca lo peligroso de este tránsito que aunque a fuerza de la necesidad o impelidos de la codicia, ha habido correos en lo crudo de aquella estación que se han arriesgado a emprenderlo con peligro de importancia, la mayor parte de ellos han quedado en la empresa, encontrándose después helados a la vuelta del verano.¹⁶

14 Olivares, *op. cit.*, 99.

15 Gómez de Vidaurre, *op. cit.*, 23.

16 Espinoza, José y Bauzá, Felipe, "Viaje de Santiago a Mendoza y Noticias de esta última ciudad", en Sagredo, Rafael y González Leiva, José Ignacio, *La expedición Malaspina en la*

Según otros, el frío opera sobre todo en aquellos de contextura inadecuada. Es lo que se señala en la obra *El lazarillo de ciegos caminantes*, texto heterogéneo, mezcla de guía de caminos y crítica al estado del imperio, escrito en 1775 por el funcionario borbónico Alonso Carrió de la Vandra. En este texto, portador del espíritu reformador propio de la Ilustración, puede leerse lo siguiente:

Tengo por muy conveniente que los caminantes precisados a hacer sus viajes con arrieros pidan al dueño de la recua un peón de mano práctico en el camino. Este sirve de muchísimo alivio al pasajero que quiere caminar con alguna comodidad desde Mendoza hasta el valle del Aconcagua. Los criados que llevan los pasajeros, que comúnmente son negros esclavos, son unos trastos inútiles y casi perjudiciales, porque además de su natural torpeza y ninguna práctica en los caminos, son tan sensibles al frío que muchas veces se quedan inmóviles // y helados.¹⁷

Aunque el escrito recién apuntado lleva la marca de la razón práctica, no abandona la imagen fabulosa de la estatua de hielo, que resuena igualmente en ese quedarse “inmóvil y helado”. Algo similar puede decirse del *Diccionario* de Alcedo, ya mencionado, cuya retórica ilustrada lo lleva a despojar el acto de congelarse de todo adjetivo, aunque lo consigna de modo elíptico, de todas maneras. Al cerrar el pasaje tomado de Cosme Bueno, incluye la siguiente afirmación:

Se atraviesan para pasar de Chile a Perú pero no se puede ejecutar en los seis meses del invierno, sin evidente riesgo de perecer, como ha sucedido a muchos, y entonces llaman estar cerrada la cordillera.¹⁸

Es ese mismo espíritu práctico y reformador el que lleva a las autoridades de la gobernación de Chile a proponer un remedio a la amenaza del frío: la construcción de una serie de garitas, llamadas casuchas, en la parte más elevada del paso cordillerano, con “carbón, bizcocho i tasajo, para que trayen-

frontera austral del imperio español”, CISBA y Editorial Universitaria, Santiago, 2004, p. 878.

17 Carrió de la Vandra, Alonso (Concolorcorvo), *El lazarillo de ciegos caminantes*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1946, pp. 126-127.

18 Alcedo, *ob. cit.*, pp. 98- 99.

do la llave de sus puertas, que se dá en Mendoza i al otro lado en la guardia de Aconcagua, puedan abrigarse los correos cuando les cae alguna nevada al tiempo de pasar”¹⁹. Construidas de cal y ladrillo, tienen “el techo muy pendiente para que no se detenga en él la nieve, y nunca llegue el caso de que se cubran enteramente”²⁰. Esas mejoras vienen a reforzar las medidas adoptadas a mediados del siglo XVIII, cuando se traza nuevamente una parte del camino saliendo de San Felipe, y se construye un mejor puente para el paso del río Colorado²¹.

Sin embargo, esta mirada reformadora no necesariamente excluye la marca emotiva que imprime el eco de los padecimientos tradicionalmente asociados con la cordillera. En la descripción del paso cordillerano realizada por Espinoza y Bauzá, encontramos una tensión evidente en este sentido. Por una parte, en su informe se apresuran a señalar que no se han implementado mayores mejoras por “los temores que causa aún a los mismos naturales el paso de la cordillera siendo así que quizá se podrían encontrar otros caminos sino menos penosos, a lo menos más cortos que el presente de Santiago”²². Sin embargo, por otra, las palabras “espanto” y “horror” permanecen en su relato como huella de esas imágenes catastróficas del pasado, que no se nombran por efecto de la depuración de la fantasía, propia de la retórica ilustrada:

Desde este elevado paraje [la casa de la cumbre] es espantosa toda la vista en rededor, no presentándose otros objetos que montañas sumamente quebradas, estériles y llenas de nieve. Luego que se deja la casa de la Cumbre sigue un pequeño repecho hasta subir del todo la cuesta, y desde luego se ve ya el otro lado de la cordillera o su falda este. Su vista es mucho más horrorosa que ninguna de las precedentes: las montañas son también más negras, están más cargadas de nieve y finalmente se ven rodeadas de mayores precipicios.²³

19 Bueno, *ob. cit.*, p. 296. Otros autores informan de estas casuchas. Véase Carvallo y Goyeneche, Vicente, *Descripción histórico geográfica del Reino de Chile* [1796], CHCh, vol. IX, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1861, pp. 235 y 313; el propio Carrió, *ob. cit.*, 47; y Gómez de Vidaurre, *ob. cit.*, p. 23.

20 Espinoza y Bauzá, *ob. cit.*, p. 880.

21 *Relaciones geográficas del Reino de Chile*, 1756, Edición de Francisco de Solano, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Santiago, Universidad Internacional SEK, Madrid, 1995, ‘Corregidor d. Bernardo de Echeverría, San Felipe el Real de Aconcagua’, p.64.

22 Espinoza y Bauzá, *ob. cit.*, p. 877.

23 *Ibid.*, pp. 880-881.

En una edición de 1942 de este texto a partir de un manuscrito perteneciente a la British Library y erróneamente atribuido a Tadeo Haenke, otro miembro de la expedición Malaspina, el pasaje recién citado culmina con la siguiente afirmación: “La lámina que hay publicada de esta casa y sus alrededores manifiesta suficientemente lo quebrado, árido y espantoso de aquel terreno”²⁴. Detengámonos, en primer lugar en el adjetivo “espantoso” allí con-signado, que no hace más que confirmar nuestro argumento. En cuanto a la referencia a la lámina publicada, remite a uno de los cuatro grabados de vistas del camino de Santiago a Mendoza que acompañan la edición del diario de la expedición Malaspina, realizados por Fernando Brambila, pintor que acompaña a la Expedición, a partir de los croquis provistos por Bauzá²⁵. En ninguno de estos grabados hay precipicios ni cuerpos congelados. Sí puede reconocerse, en cambio, una convencional representación visual de lo sublime²⁶.

De hecho, no cabe duda que estas descripciones se enraizaban asimismo en la retórica dieciochesca de lo sublime, al vincular “lo que es absolutamente grande” de la naturaleza con el efecto de la desmesura sobre el espectador. Sin embargo, es importante consignar las asociaciones locales que dichas imágenes evocaban.

Quien más claramente encarna una visión ilustrada y reformadora del espacio cordillerano es el botánico Louis Née, integrado asimismo a la expedición Malaspina. En su diario consigna tanto la resistencia local a la cordillera, como el sinsentido de dicha actitud:

[28 de enero de 1794] Es bien de advertir que en Chillán, Longaví y en otros parajes solicité de entrar en la cordillera, no lo he podido lograr, todos me ponían dificultad, ya sea por los pegüenches y guiliches [sic], ya por causa de los animales feroces; no hallé quien me quiso acompañar; por fin llegué a Curicó, en donde hallé al señor don Xavier Bustamante, primer Subdelegado de dicho partido, hombre instruido y de bellas prendas, que me franqueó todo lo necesario para

24 Peregrinus Haenke, Thaddaeus [falso Haenke], *Descripción del Reyno de Chile*, Nascimento, Santiago, 1942, p. 270.

25 Ver contexto de producción en Larraín, Trinidad, “Chile representado en las imágenes de la Expedición Malaspina”, tesis para optar al grado de Licenciada en Historia, Universidad Finis Terrae, 2004, ms, pp. 80-81.

26 Para el tratamiento de esta corriente filosófica y estética en Chile, ver Cruz, Isabel, “¿Arcadia en el confín del mundo? El paisaje romántico en la pintura de los artistas viajeros”, en VVAA, *Vida rural en Chile durante el siglo XIX*, Academia Chilena de la Historia, Santiago, 2001, pp. 107-140.

emprender la referida expedición, que hice con la mayor seguridad y ciertamente no hubiera tenido el menor recelo de haber entrado en la tierra de los pegüenches, con quienes he tratado en Curicó.²⁷

La crítica de Née va dirigida hacia algunas de las autoridades del reino, pero también, tal como consigna después, a “los que no están acostumbrados de salir del bufete o gabinete”²⁸; es decir, a todos aquellos pretendidos sabios que conocen el mundo por medio de los libros de otros. Sin embargo, en otro de sus escritos, el propio Née acude a los adjetivos “arriesgado” y “peligroso” para referir al mismo paso andino, cuando se trata de informar al rey Carlos IV de sus servicios:

[17 de mayo de 1796] habiendo reconocido muy despacio las montañas de las inmediaciones de dicha ciudad, resolví pasar por el camino tan arriesgado como peligroso, que conduce por el atajo que llaman, desde Santiago hasta Mendoza.²⁹

Una vez más, creemos que lo verosímil de este cuadro permite a Née reforzar la dificultad del camino como manera de acrecentar el valor de lo realizado por su persona. Esta recuperación de la retórica del esfuerzo o “curso del trabajo”, adquiere en este contexto cultural ribetes particulares, al permitir a quien se arriesga, un acceso al conocimiento y a la experiencia estética, que le están vedadas a quien no salga de su gabinete. Ambas ideas ya estaban presentes en un texto fundacional de la gobernación de Chile: la *Histórica relación del Reino de Chile*, escrita por el padre Alonso de Ovalle y publicada en Roma en 1646. Esta obra fue ampliamente difundida, siendo numerosos quienes la citan de manera explícita o implícita entre sus trabajos³⁰. En particular, la imagen de la cordillera como un espacio donde es posible una

27 Née, Luis, “Diarios y trabajos botánicos”, en *La expedición Malaspina 1789-1794*, Tomo III, estudio de Félix Muñoz Garmendia, Ministerio de Defensa, Museo Naval y Lunwerg Editores, Madrid, 1989-1994, p. 119.

28 Correspondencia de Luis Née al Comandante Alejandro Malaspina, en *ibid.*, p.145.

29 “Relación de los trabajos que yo, don Luis Née, Botánico de Su Magestad, ha hecho durante la expedición del viaje alrededor del mundo desde fines de julio de 1789 hasta el 21 de septiembre de 1794”, Madrid, en *Ibidem*, p. 269.

30 Elocuente es, a este respecto, la inclusión de esta obra entre las *autoridades* del Diccionario de Autoridades, en su primera edición de 1726-1739. En particular, me interesa destacar que las entradas *cordillera* y *volcán* del *Diccionario* remiten a la obra de Ovalle. Ver *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española* <http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle> (consultado en julio 2009).

experiencia sensible y un acceso al saber del mundo que se extiende a los pies del caminante será recuperada por muchos textos posteriores. En ello, Ovalle no hacía más que retomar el tópico renacentista ya expresado por Petrarca en su texto sobre el ascenso del Monte Ventoux³¹. Sin embargo, para efectos del paisaje cordillerano de Chile, es el texto de Ovalle el que será recuperado y citado una y otra vez.

V. CONCLUSIONES.

Si los Andes representaron para la cultura del siglo XVI una promesa de riquezas de oro y plata, en la escritura ilustrada de fines del siglo XVIII éstos encarnan la posibilidad de acceder a nuevos y extraordinarios conocimientos. Es lo que dice Haenke, quien en su travesía cordillerana recolectó “una rica y abundante colección de plantas que, por lo que respecta a su aspecto externo, parecen haber sido creadas en otro planeta totalmente distinto, y que revelan el carácter de rareza y tamaño de su lugar de origen. Si tengo la fortuna de volver a ver Europa algún día, la flora alpina conocida hasta ahora adquirirá conmigo un aspecto totalmente distinto”³². Es lo que reitera Alejandro Malaspina: “Ya con el examen de la cordillera del volcán inmediato a Santiago y la minas de San Pedro Nolasco, se descubren nuevas maravillas a nuestros naturalistas, que exigen otro examen litológico del que permiten estos apuntes y el tiempo actualmente muy limitado”³³.

Un nuevo contexto cultural, y el posterior quiebre político e institucional que dio paso a la república, produjo así nuevas marcas con que significar el paisaje cordillerano. Estas nuevas marcas, se agregaron, como otros tantos estratos, a aquellas heredadas de tiempos pasados. Cuando las transformaciones socio-políticas, culturales y tecnológicas del siglo XXI nos ofrecen renovadas

31 Besse, Jean-Marc, *Voir le monde. Six essais sur le paysage et la géographie*, Actes Sud, Arles, 2000; Ver en particular el capítulo “Petrarque sur la montagne: les tourments de l’âme déplacée”.

32 Correspondencia de Thaddeus Haenke a Ignaz von Born, Lima, 5 de junio de 1790, en Tadeo Haenke, “Trabajos científicos y correspondencia”, en *La expedición Malaspina 1789-1794*, Estudio de María Ibáñez Montoya y transcripción de María Ibáñez Montoya y Carmen Sanz Alvarez, Tomo IV, Ministerio de Defensa, Museo Naval y Lunwerg Editores, Madrid, 1987, p. 125.

33 Malaspina, Alejandro, “Descripción física del terreno y habitantes de las costas comprendidas entre Chiloé y Coquimbo. Libro I, cap. 6” en *La expedición Malaspina 1789-1794, Tomo V, Antropología y noticias etnográficas*, estudio de Juan Pimentel Igea, edición de María Dolores Higuera Rodríguez y Juan Pimentel Igea, Ministerio de Defensa, Museo Naval y Lunwerg Editores, Madrid, 1987-1994, p. 55.

lecturas de nuestro entorno, conviene detenerse a recordar que éste también está poblado de fantasmas.

VI. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.

1. Alcedo, Antonio de, *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o America, con la descripción... escrito por el coronel d. Antonio de Alcedo, Capitan de Reales Guardias Españolas*, Madrid 1786.

2. Anónimo, “Correspondencia de NN, fechada en Bari, 15 de marzo de 1710” en Antonio María Fanelli, *Relación de un viaje a Chile en 1698. Desde Cadiz, por mar y por tierra, escrita en italiano por el P. Antonio Maria Fanelli, de la Compañía de Jesús*, en José Toribio Medina, *Viajes relativos a Chile*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina 1962, vol. II.

3. Besse, Jean-Marc, *Voir le monde. Six essais sur le paysage et la géographie*, Actes Sud, Arles, 2000.

4. Bueno, Cosme, *Descripción de las provincias de los obispados de Santiago y Concepción [1777]* CHCh, tomo X, Imprenta de la Librería de El Mercurio, Santiago, 1876.

5. Carrió de la Vandra, Alonso (Concolorcorvo), *El lazarillo de ciegos caminantes*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1946.

6. Carvallo y Goyeneche, Vicente, *Descripción histórico geográfica del Reino de Chile [1796]*, Santiago, CHCh, vols, VIII-X, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1861.

7. Cruz, Isabel, “¿Arcadia en el confín del mundo? El paisaje romántico en la pintura de los artistas viajeros”, en VVAA, *Vida rural en Chile durante el siglo XIX*, Academia Chilena de la Historia, Santiago, 2001.

8. *Diccionario de Autoridades (1726-1739)*, *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española* <http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle> (consultado en julio 2009).

9. Espinoza, José y Felipe Bauzá, “Viaje de Santiago a Mendoza y Noticias de esta última ciudad”, en Rafael Sagrado y José Ignacio González Leiva, *La expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, CISBA y Editorial Universitaria, Santiago, 2004, pp. 875-883.

10. Fanelli, Antonio, *Relación de un viaje a Chile en 1698. Desde Cádiz, por mar y por tierra, escrita en italiano por el P. Antonio Maria Fanelli, de la Compañía de Jesús*, en José Toribio Medina, *Viajes relativos a Chile*, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, tomo I, Santiago, 1962, pp. 92- 143.

11. Frézier, Amédée, *Voyage de la Mer du Sud aux côtes du Chili et du Pérou*, Edición crítica de Gaston Arduz Eguía y Hubert Michéa, Utz, París, 1995.
12. Gay, Claudio, *Agricultura chilena*, 2 vols., edición facsimilar de la Historia física y política de Chile, ICIRA, Santiago, 1973.
13. Gómez de Vidaurre, Felipe, *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile, por el jesuita..., con una introducción biográfica y notas por J.T. Medina*, 2 vols, en CHCh tomos XIV y XV, Imprenta Ercilla, 1889.
14. Haenke, Peregrinus Thadeus [falso Haenke], *Descripción del Reyno de Chile*, Nascimento, Santiago, 1942.
15. Haenke, Tadeo, “Trabajos científicos y correspondencia”, en *La expedición Malaspina 1789-1794*, Estudio de María Ibáñez Montoya y transcripción de María Ibáñez Montoya y Carmen Sanz Alvarez, Tomo IV, Ministerio de Defensa, Museo Naval y Lunweg Editores, Madrid, 1987.
16. Invernizzi, Lucía, “La representación de la tierra de Chile en cinco textos de los siglos XVI y XVII”, *Revista Chilena de Literatura*, (Santiago), n° 23, Universidad de Chile, 1984, pp. 5-37.
17. Larraín, Trinidad, “Chile representado en las imágenes de la Expedición Malaspina”, tesis para optar al grado de Licenciada en Historia, Universidad Finis Terrae, 2004, ms.
18. Lefebvre, Henri, *La production de l'espace*, Anthropos, París, 1974.
18. Malaspina, Alejandro, “Descripción física del terreno y habitantes de las costas comprendidas entre Chiloé y Coquinbo. Libro I, cap. 6” en *La expedición Malaspina 1789-1794, Tomo V, Antropología y noticias etnográficas*, estudio de Juan Pimentel Igea, edición de María Dolores Higuera Rodríguez y Juan Pimentel Igea, Ministerio de Defensa, Museo Naval y Lunweg Editores, Madrid, 1987-1994.
19. Martínez, José Luis, “Textos y palabras. Cuatro documentos del siglo XVI” (segunda edición) en Ana María Presta (ed.), *Espacios, etnias y fronteras. Atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu, siglos XV al XVIII*, Ediciones ASUR n° 4, Sucre.
20. Molina, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, Biblioteca del Bicentenario, 2 vols. Santiago, 2000.
21. Née, Luis, “Diarios y trabajos botánicos”, en *La expedición Malaspina 1789-1794*, Tomo III, estudio de Félix Muñoz Garmendia, Ministerio de Defensa, Museo Naval y Lunweg Editores, Madrid.
22. Olivares, Miguel de, *Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del Reino de Chile [1767]* en CHCh Tomo IV, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1864.

23. Pastor, Beatriz, *Discurso narrativo de la conquista de América*, Casa de las Américas, La Habana, 1983.

24. Schama, Simon, *Landscape and memory*, Vintage Books, Nueva York, 1996.

25. Solano, Francisco (ed.), *Relaciones geográficas del Reino de Chile - 1756*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Santiago, Universidad Internacional SEK, Madrid, 1995.

26. Vega, Alejandra, *Descripción geográfica e identidad territorial: representaciones hispanas de la cordillera de los Andes del Reino de Chile en el siglo XVI*, tesis para optar al grado de Doctor en Historia, Universidad Católica de Chile, 2005, ms.

27. -----, “Sierra y guerra: descripción y metáfora en el relato fundacional de la gobernación de Chile. Siglo XVI”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 115, 2007, pp. 329-344.

28. -----, “Cordillera, frontera e identidad: representaciones cartográficas de la gobernación de Chile en el siglo XVI” en Héctor Mendoza y Carla Lois (coords.), *Historia de la Cartografía de Iberoamérica, Nuevos caminos, viejos problemas*, Instituto de Geografía, UNAM, Ciudad de México, 2009, pp. 379-400.